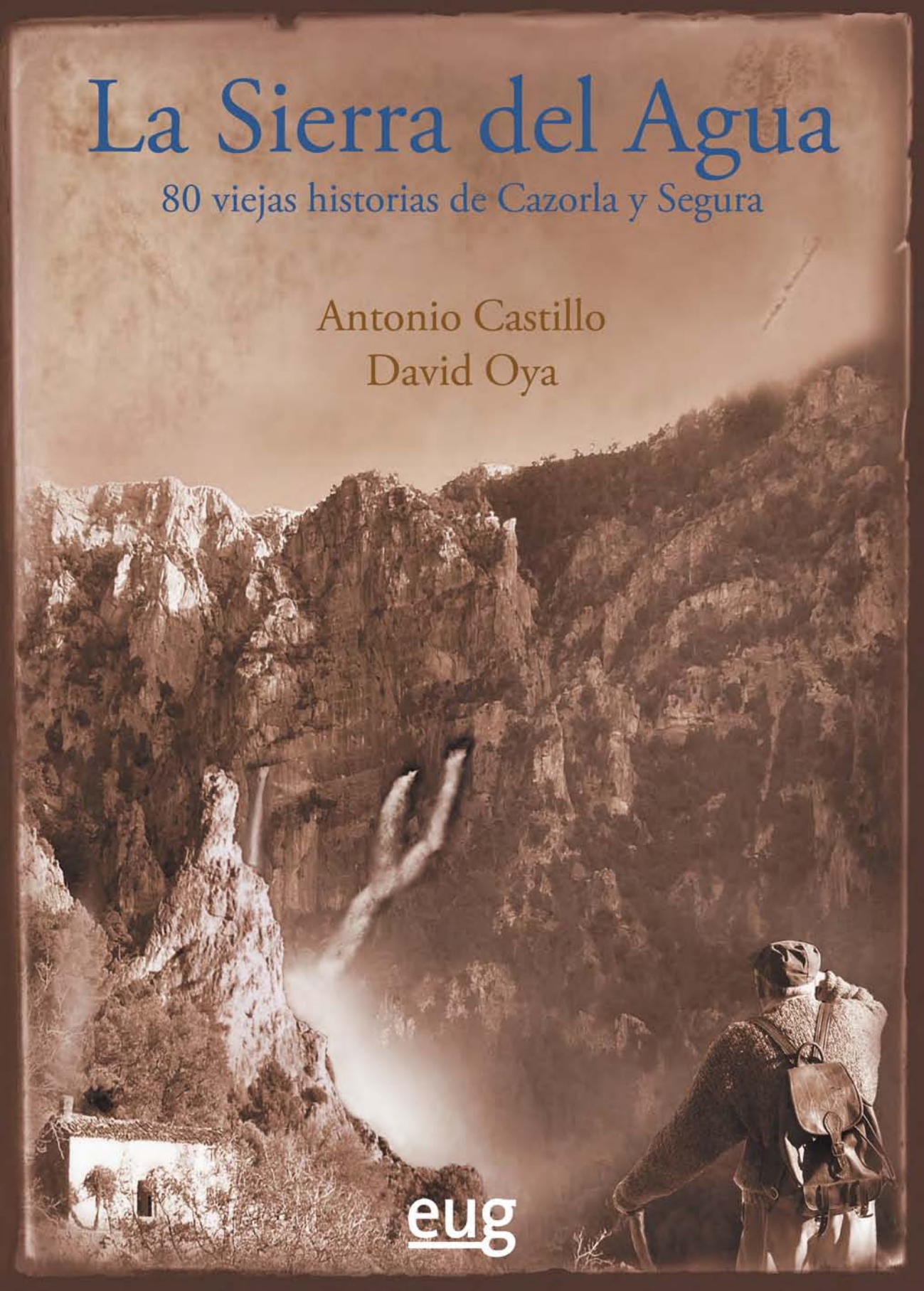


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Serafín, el guarda de la Cabrilla, y la fuente de la Canalilla"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 230-233



52. Serafín, el guarda de la Cabrilla, y la fuente de la Canalilla

Por Antonio Castillo



Serafín Pérez Soria en la Cabrilla, finca en la que entró de guarda allá por 1956. Esos calares, sus fuentes, sus pinos salgareños, las águilas reales y los machos monteses han sido su vida (foto Antonio Castillo, 19 de octubre de 2011)

CONOCÍ A SERAFÍN en la primavera de 1977. Con él, pasé un par de inolvidables días metidos en aguas y nieblas, bien agarradas al Torcal del Lobo. Fue suficiente para caer en la cuenta de que estaba delante de un hombre diferente, que me causó honda impresión. Se notaba un serrano bueno, todo un manantial de sabiduría. Se movía como un gato, que

olfateaba y leía los más leves rastros dejados en el campo. Después he tenido el privilegio de disfrutar de su compañía, conversación y amistad. Hombre servicial, discreto, inteligente y con una memoria prodigiosa. Porque, aparte de retener el nombre y apellidos de las personas que pasaron por su vida, ¿qué necesidad había de memorizar también las fechas?

Serafín Pérez Soria nació en el año 1932 en el cortijo de la Canalilla, en Poyo Tribaldo (en los mapas aparece como Tribardo), por debajo de la Nava de San Pedro. Hijo de agricultores y ganaderos, sus padres fueron Francisco y M^a Francisca. De aquel cortijo de sus amores, como de la mayoría, hoy sólo quedan las ruinas, unas fuentes secas y los restos decrepitos de las nogueras, antaño frondosas, donde anidaban los colorines y se hacían las tertulias familiares en el verano.

Como toda aquella generación de serranos de antes de la guerra, en cuanto pudieron servir de algo, todavía demasiado niños, se echaron al monte a rejuntrar unas pesetas para la casa, que buena falta hacían. Nunca olvidará aquellos primeros jornales de crío en el año 1943, cuando sirvió a los ingenieros en el trazado del camino que pasaba por Poyo Tribaldo, ni, sobre todo, la profunda felicidad que sentía al entregar a su madre el dinerillo ganado. Como a menudo dejan entrever sus sentimientos, su madre fue fundamental en su vida. Dio la casualidad que de niña jugara con las hijas del ingeniero don Enrique Mackay, que pasaban los veranos en la cercana casa forestal de la Nava de San Pedro. Con el paso del tiempo, la profunda amistad de su madre con los Mackay sería decisiva en su porvenir. «A mi madre le debo la vida y lo que hoy soy». Muy probablemente gracias a ella entró de guarda jurado de la finca de la Cabrilla en el año 1956, finca que había heredado en 1932 doña María Moreno, esposa del citado don Enrique. Como Serafín dice, «Dios me ayudó y me ayudará siempre».

En 1960 abandona el cortijo familiar de la Canalilla para casarse con Carmen, vecina del Almicerán, de la que tendría dos hijos. Su luna de miel duró seis años, de 1960 a 1966, los que pasó en el cortijo de Collado Verde o de la Cabrilla.

—Allí, con mi mujer, pasé años duros, pero también muy felices. Entonces la vida de un guarda era estar las 24 horas del día echado al monte. Había tanta necesidad, que incluso me veía obligado a vigilar de noche para que no se llevaran los pinos. Pero entonces si me tropezaba con alguien, había un respeto, no como ahora.

En 1972 accedió al Cuerpo de la Guardería Forestal del Estado. Otra vez la mano del ingeniero Mackay le permitió, a través de don Rosendo García, obtener destino cerca de su casa y del territorio que mejor conocía, los Lanchares del Almicarán y la sierra de la Cabrilla (que tenía cedidos los derechos de caza al Estado). Se jubiló en 1997, pero como él dice, «de la finca de la Cabrilla me jubilará la muerte, aunque ahora quién la lleva es mi hijo Francisco».

Más de 50 años de guarda en un mismo territorio le convirtieron, hace ya bastante, en un extraordinario conocedor de todos sus rincones, personas, animales y plantas que pasaron por allí. De esa forma, a lo largo del tiempo y en numerosas ocasiones oí a gentes diferentes decir siempre, más o menos, las mismas palabras: «Si vas a las caídas de la Bolera, habla con Serafín». Alejado del epicentro administrativo de Cazorla y Jaén, fue un guarda singular, que habitualmente hacía sus rondas sin uniforme (un *Secreta* se diría ahora), siempre tocado con su genuina gorra.

Entre 1932 y 1960 vive con su familia en el cortijo de la Canalilla, del que guarda felices recuerdos junto a la fuente del mismo nombre.

—La fuente tenía una tornajera grande y se encontraba al pie del camino de herradura que comunicaba Castril, Pozo Alcón y el Almicarán con Cazorla. Por eso era muy famosa y conocida por todos aquellos contornos. Allí abrevaba mucho ganado y gentes de paso. Además, daba servicio a las cinco familias que entonces vivíamos en la Canalilla. El agua de beber la llevábamos en cántaras. ¡No he llevado yo cántaras a mi madre de la fuente! Y así todos los vecinos. Las mujeres tenían sus piedras en las tornajeras, donde lavaban. En verano las aguas eran frescas, pero en invierno daban hasta neblina

del calor que tiraban. Por debajo teníamos un par de albercas para administrar los riegos del huerto, que se daban de mañana y de tarde.

En primavera y otoño, cuando no se utilizaban las balsas, metíamos brazados de esparto durante un mes para cocerlo, con el fin de ablandarlo para hacer las esparteñas que calzábamos o las sogas, tan necesarias entonces en las casas y en todas las faenas del campo. En la balsa se podían juntar hasta quince arrobas de esparto entre todas las familias; a los haces les cosíamos unos trapillos para distinguir lo que era de cada uno. También tengo buenos recuerdos de las hogueras que echábamos por Pascua, con ocasión de la matanza, una tradición en todos los cortijos de la Sierra en aquellos años. Allí, junto a la fuente, se lavaba lo necesario y se hervían en una caldera las tripas y todo lo demás.

Cuando me casé, en 1960, me fui a vivir con mi mujer, al Almircerán y al cortijo de la Cabrilla, más cerca de la finca que guardaba. Me alejé así de mi familia, del querido cortijo y de la fuente de la Canalilla. Pero me acerqué a otras fuentes, las de la Cabrilla, junto a las que guardo también recuerdos imborrables, algunos con personas que marcaron mi vida y ya no están. Eran fuentes más solitarias, salvajes y recónditas, y de aguas muy frías. Entre ellas, las del Barranco Gallinero, la de los Prados de Mata, la del Tabacal o la del *Bujero*, donde me solía sentar a ver los últimos quebrantahuesos de la Sierra junto a su rompedero. *Bienves* (es una expresión muy propia de Serafin) que son muchos los recuerdos viejos que tengo de estas sierras, pero esas de la Cabrilla son otras fuentes y otras historias...

Una vez pasado Fuente Acero, la Reina (Fabiola de Bélgica) quedó impresionada por la belleza de las montañas plateadas que quedaban a nuestra derecha...Majestad: todas esas montañas forman la Sierra de la Cabrilla

FERNANDO PARRA, *Vida y peripecias de un guarda forestal y su familia en la Sierra de Cazorla*, 2008

